

DIARIO DE UN CORRESPONSAL DE GUERRA

HELLMAN PARDO





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Aleántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

DIARIO DE UN CORRESPONSAL
DE GUERRA

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

16° Premio Internacional de Poesía
“Gilberto Owen Estrada” 2022

Jurado

Sylvia G. Estrada, México

Arlette Luévano, México

Mónica Soto, México

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

HELLMAN PARDO

DIARIO DE UN
CORRESPONSAL
DE GUERRA



Universidad Autónoma del Estado de México

"2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario"

Primera edición, julio 2022

Diario de un corresponsal de guerra

Hellman Pardo

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 481 1800
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas
(Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-495-9

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad
de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras
Corrección de estilo: Edith Mucíño Martínez
Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis
Formación: Ángel Esquivel López
Diseño de portada: Martha Eugenia Díaz Cuenca



CONTENIDO

Presentación	11
<i>Álbum familiar o de cómo los hermanos de Joaquín Ronderos se refugiaron en el Monte Blanco para escapar del granizo que no caía en las ventanas rotas de la casa muerta</i>	13
I	15
II	16
III	17
IV	18
<i>El corresponsal de guerra que empuñó un fusil sin disparar por once meses y tres días o los muertos, los muertos, nuestros muertos</i>	21
I	23

II	25
III	26
IV	27
V	29

VI	31
VII	33
VIII	35
IX	36
X	37
XI	38
XII	39
XIII	41
XIV	42
XV	44
XVI	46
XVII	48
XVIII	50
XIX	52
XX	53
XXI	54
XXII	56

<i>Álbum familiar o de cómo Joaquín Ronderos observó la desaparición de una memoria que ya no le pertenecía o la bicicleta roja que cayó al lado del hidrante hundiéndose en la calle Piedad</i>	59
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

I	61
---	----

II	63
III	65
IV	67
V	68

Correspondencias o el amor que se esconde bajo un sombrero de paja como si Eros Alesi le rezara una y otra vez sin cansarse a mamá morfina que nunca parecía escucharle 69

I	71
II	73
III	74
IV	75
V	77
VI	78

Álbum familiar o el Halcón Negro que siempre quiso luchar junto a Rodolfo Guzmán Huerta en la película El Santo contra las momias de Guanajuato 79

I	81
II	82
III	84
IV	85
V	87
VI	89
VII	90

<i>Monólogo de Joaquín Ronderos</i>	93
I	95
II	96
III	97
IV	98
V	99
VI	100

PRESENTACIÓN

Gilberto Owen Estrada, poeta mexicano distinguido por sus impenetrables e intrincados versos, es pieza fundamental y de digno reconocimiento para nuestra máxima casa de estudios, por esta razón cada año se organiza el Premio Internacional de Poesía que hace un reconocimiento a poemarios llenos de ingenio y pericia que logran colocar en lo más alto su nombre y excelsa labor.

La Secretaría de Difusión Cultural de nuestra Universidad ha convocado desde 2005 a poetas de todas las nacionalidades que dominen la lengua española a participar en el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada”, el cual pretende incitar a jóvenes y versadas mentes creadoras a manifestarse a través de su lenguaje colosal e incontenible.

En esta ocasión, la décimo sexta, se contó con la participación de 281 obras provenientes de 22 naciones, de las cuales el premio fue para Yonnier Torres Rodríguez con su obra *La máquina de hacer pájaros*; además, el jurado calificador otorgó mención honorífica a Hellman Pardo López por su obra *Diario de un corresponsal de guerra*, ambas destacaron por su excepcional estética y armonía.

Las escritoras y poetas Sylvia G. Estrada, Arlette Luévano y Mónica Soto, integrantes del jurado, evaluaron el manejo innovador del lenguaje, magnitud de ritmos, coherencia en la escritura, entre otros factores; señalaron que los poemarios, además de ser trabajos inéditos, están repletos de ingenio y sagacidad, contruidos por un cúmulo de versos descomunales inexistentes de simpleza y nitidez.

Cada vez que la Universidad Autónoma del Estado de México impulsa la creatividad y el estilo de cada escritor, consigue transportar a la poesía más allá de un territorio particular, que, sin duda, cumple el cometido de estremecer las fibras más sensitivas de cada uno de sus lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

*Álbum familiar
o de cómo los hermanos de
Joaquín Ronderos se refugiaron
en el Monte Blanco para
escapar del granizo que no
caía en las ventanas rotas de
la casa muerta*

I

Un camino. Una madre. Un cementerio.

Todo se reduce a la fragilidad del instante
que adormece la noche
como si su lengua insistiera en lamer las heridas
de los que sueñan.

Soy el hijo en el hijo del miedo,
el mármol callado que le echa tierra
al caparazón sin resucitar
porque nadie resucita de la sangre.
Estoy aquí en esta cama de la guerra, este féretro,
esta madera como vientre materno,
como la tarde donde no amanecía el sol ¿Recuerdas?
El niño que muere en su cáscara de huevo
y ahora está aquí en esta cama de la guerra, este féretro.

Por la ventana solo veía una acacia
con el perdón ahorcándose.

Un camino. Una madre. Un cementerio.

II

Belén espera en la puerta del horno
a que regrese su hijo pandillero.
Lleva algunas horas tostando el plátano,
lo corta en dos pedazos porque a él le gusta así.
Odio el plátano desde entonces.
Su hijo pandillero llega, se sirve un trozo
y se tumba en la cama suelta y triste.
Belén le da un beso en la frente y dice bajito
Gracias por volver a mí
porque no aguanto a este otro hijo que solo escribe
y nada dice,
y veo una perpetua sonrisa en tu rostro y el retorno
de la fe.

Yo solo me pregunto
por el lado abofeteado de su mejilla.

En la puerta del horno suele cocinarse, en ocasiones,
el vacío
aunque nadie sabe qué es el vacío
y el vacío vence la ruina de ese pozo
por donde se abre el corazón de todos los hombres.

III

Mi hermano Fredy construía cometas
con papel periódico en la terraza de la casa muerta.
La cola,
retazos de tela que encontraba en el armario,
tal vez faldas tuyas.
Anudaba trozo a trozo hasta conseguir el largo indicado
para el vuelo.

Lo hacía mientras yo hablaba a los evangélicos.
No abra la puerta. Dígales que aquí somos católicos,
gritaba desde arriba y yo les decía sin abrir la puerta
“¡Aquí somos católicos!”.
Los evangélicos se iban a salvar a Dios de los hombres.

Por aquella época él escuchaba a ABBA, Diana Ross
y Silver Convention.
Cuando yo intentaba bajar el volumen
tomaba los chazos de las cometas
golpeándome sin remordimiento en el talón de Aquiles.

Yo persisto entre el polvo y la memoria.
En agosto las cometas vuelan el campo de exterminio.

IV

Siendo niños, mis hermanos escaparon de casa.
Juan guardó su auto de control remoto,
 el que en navidad le regalara el Halcón Negro.
A Fredy solo le importaba huir de los trastos
 y los estragos.
El viejo camarote tarareó su crujir menesteroso
 como una despedida que hiciera falta.
 A once kilómetros se encontraba el Monte Blanco,
 un cerro que ardía en la noche.
Dos hombres que allí dormían
 les acariciaron todo el cuerpo
y dejaron su fuerza en la piel invadida de súplica,
 de frío.

Tú implorando a San Judas Tadeo.

De regreso solo insistían en tu perdón y nada dijeron.
Lo sabes ahora porque Juan en su diario
 habla de esa montaña.

Hay que tomar al olvido por la garganta,
 girar su cabeza de mendigo,

enterrarlo en la imagen milagrosa
de San Judas Tadeo.

*El corresponsal de guerra
que empuñó un fusil sin
disparar por once meses y
tres días o los muertos,
los muertos, nuestros muertos*

I

Fue el veterano Bernardo Arias
 quien comenzó el juego de las prótesis:
se hacía un círculo extenso en la sala de recuperación
y los soldados comenzaban a arrojarse las piernas
 y los brazos huecos de manera rápida.
Parecían clavos de malabares
 que expandían y deformaban el aire.
Alguna vez el veterano Arias
quebró la ventana de emergencia
y prohibieron así los lanzamientos en el hospicio.
Entre ese grupo de jugadores
 recuerdo a Mauricio Segovia
quien salvó sus piernas
pero la mina le cercenó los testículos.
Lloraba en las tardes y dormía trece horas,
 todos los días, sin inmutarse.
Cuando ya no hubo piernas o brazos
para impulsar por el techo
a Bernardo Arias se le ocurrió que sería anecdótico
 pintar animales azules sobre su prótesis
y pinceló por dos meses un caballo azul
 y una pantera azul

y una guacamaya azul que le recordaba su caserío
cuando bendecía el cielo
con sus enormes alas de páramo.
Al poco tiempo
bosquejaba las prótesis de sus compañeros
porque no tenía mucho más por hacer
y cuando terminó con todas las prótesis
comenzó con las muletas
y cuando terminó la última de las muletas
le llamaron de todas partes de Catalpa
para ir a pintar nuevas piernas
en las piernas falsas de los hombres.

II

Fui corresponsal de guerra de *La Constitución*,
periódico que fundó Ricardo Figueroa
de las Grandes Huestes.

Ricardo Figueroa de las Grandes Huestes nieto
o Ricardo Figueroa de las Grandes Huestes III
cada cinco días le preguntaba a Miguel Mancera, editor,
si tenía noticias mías,
que ya no era época de corresponsales de guerra,
que más valía ganarme una bala
y así tendría algo nuevo para contar.

Cinco días no son suficientes para escribir algún horror.
Escribir por ejemplo sobre un perro mutilado
ladrándole a la bota del asesino,
o sobre un líder sindical con la cabeza dentro de un madero
o un madero dentro de la cabeza de un líder sindical,
yo qué sé.

Lo que sé
es de este escozor en los huesos,
este frío que secó de frío la savia, los cartílagos,
y dejó un muerto más en la página
con la última noticia de la guerra.

III

Como si yo fuera la misma disentería,
el teniente Briceño le asignó al soldado Paz
la orden de mantenerme a salvo,
y sobre todas las cosas, repitió,
proteger mi cámara y mi grabadora.
Arrodílese, sin ruido, no trague saliva, aguarde.
El sol abría su oscuridad en mis ojos.

Y así, agazapados entre el barro,
la cabeza del soldado Paz estalló en mi cara.

Mis anteojos se arruinaron
y mi vida.

Tuve que limpiar, limpiar, limpiar.

IV

Al estilo Gogol,
el río Matajo se desborda de tantas almas muertas.
En la escuela de periodismo te enseñan a argumentar
 porque el pensamiento crítico lo dice,
y lo dice la lógica con toda su erudición
 que no sirve para nada
pero cómo se argumenta, dígame usted,
Señor de las fisuras,
 el desplazamiento de cuerpos en ese río,
el estallido de un fusil táctico que te deja sordo
cuando alguien dispara sin saber a qué, a quiénes,
al escuchar un ruido en la maleza,
 quizá a una sombra de jabalí.

Señor de las trincheras,
 siento la respiración vegetal en la cabeza
 cuando despierto,
los pulmones parecen salirse de su cuenca torácica,
y mil pesadillas fecundan la anatomía de mi razón.
 En una conversación a oscuras,
el doctor Horacio Benavides me dice
 que es el trastorno de la postguerra

y él, Señor de la eterna lava,
sí lo sabe, sí lo conoce, y por eso yo le creo.

Cierro los ojos en la sala de espera
 aguardando por los antidepressivos
 y sé que estoy vencido por dentro.
Ahí está la ira contenida en los hornos crematorios
 que aún respiran sus huesos y su óxido.

Señor de los osarios,
siento cuando despierto
 que la vida se deforma en mi cabeza
y no,
no quiero,
no es prudente llamar a la fenelzina.

No sabes, no intuyes
que aquí él era el traficante, que aún lo es,
que sus líneas pasan por cientos de mortales
y por otros que se consideran inmortales,
que entrega el dinero a su padrino el narco
y que recibe solo a cambio, por sus buenos oficios,
la comida para sus tres hermanos
y una que otra moneda hecha de candelabros fundidos
en algún incendio,
moneda en cuyo anverso solo se advierte
la imagen rupestre de algún mártir traidor
y acaso le alcanza para lustrar las bielas
de su bicicleta negra
y así pedalear por los callejones rotos
que parecen interminables,
el rostro lleno de sol casi a punto de desmayar
con la lengua rígida,
“con la nada en la nada”,
como decía Esenin al desconocer el paradero
de los hijos que nunca tuvo.

VI

La familia Dezotto, originaria de Nápoles,
llegó en barco escapando de la Camorra.
Don Giovanni Dezotto Papini,
no el poeta más sí el traficante de armas,
había leído en la gaceta de su ciudad
sobre un pequeño reino de peregrinaciones.
Se refugiaron en Catalpa como si fuese un leproso
donde nadie muere,
pero aquí la muerte se encuentra encaramada
en los urapanes,
en las catalpas,
y pronto lo supo el especulador italiano.
Nada de esto importa ahora.
Lo importante es saber que su hija, Lucía Dezotto,
fue la mujer de la que alguna vez me enamoré,
como dice el juglar en su acordeón,
perdidamente y sin remedio.
Nos dimos todo el amor del mundo, o eso creía yo
hasta que la vi encima del Coronel José Asunción,
despeñándose y siendo más mujer, debo confesarlo,
aunque duela la dignidad.

Las mujeres siempre me negaron,
no como Pedro con su gallo
-porque fue el mismo gallo con tres voces
y no tres gallos con su canto-,
más bien como un cuerpo que contiene la flecha
y en la mano, un latido.

VII

¿Reconoces tu pueblo?
Lo digo porque sé que pierdes la memoria
y se te olvida incluso que estamos
en el siglo del desamparo.
Vives a la orilla del río Matajo,
cerca de su sonido de cementerio,
por eso ya puedo contarte la historia
del reclamante de tierras.
Se llamaba Hernán Bedoya.
Iba en su yegua Brújula por el cañón Los Monjes
silbando alguna melodía de carnaval.
Venía de recolectar guayabas en su granja
o de reparar el establo para sus tres caballos
y la yegua Brújula
o de mentirle al capellán en el confesionario
su tentación de ir por el mundo bebiendo, eso sí,
de cuando en cuando,
brotes de primavera,
o venía de respirar la condensación de las nubes
que nada perciben y solo pasan
o de contemplar simplemente a un perro
cuando dejó en el cemento sus huellas inocentes.
Quiero pensar que reía en el juego de billar.

Ahí tirado lo encontraron,
 como a las cuatro de la madrugada
en el camino que lleva a Riosucio,
 con catorce fogonazos en el estómago
 y las manos amputadas.
La yegua Brújula apresuró el paso y llevó la noticia
a Teodolinda, su mujer, a Juaco, su hijo primogénito
y al labriego Facundo,
 sembrador de hortalizas en un suelo sin gloria.

Tres semanas después encontraron sus dos manos
 en un contenedor de basura
 en la ciudad de Montelíbano,
a quinientos treintainueve kilómetros de Catalpa
o eran las dos manos de otro hombre o de otra mujer
 reclamantes de tierras como Bedoya.
La viuda Teodolinda hornea el pan recién muerto
mientras desgrana el maíz para sus once gallinas.

Seguro le extrañarán.

VIII

Los wayuu acostumbran a hacer un doble entierro
para sus muertos.
Diez años después de la primera sepultura,
comienza la auténtica caída.
Un mes antes de la exhumación,
ningún familiar puede comer carne, vísceras, tendones.
Si el hombre wayuu toca un muerto, pierde su fortaleza.
Su espíritu será agua salitrosa
y perderá la capacidad de llorar
pero cuando vieron a sus mujeres violadas,
rendidas en la tierra,
muertas en Bahía Portete,
las tocaron sin importar que su espíritu
se perdiera para siempre, y lloraron.

Algunas hijas, esposas, madres,
se dispersaron en las escamas del mar.

IX

Y pienso en Ximena Cuseche
quien me contó de su marido anarquista:
no regresó de la platanera junto a otros tres trabajadores
en la zona baja de Urabá.

Hace cinco años, patrón.

Le comento que no me llame patrón.

Patrón solo es Dios, si es que existe Dios.

Cómo no va a existir, patrón. Él me traerá al Raúl.

X

Y pienso en Salomón Utría, alcalde de Simario
a quien le desaparecieron sus cinco hijos
y espera noticias tuyas sentado en la escuela
que aún se curte por el fuego.

*He pensado en cómo se descompone un cuerpo, me dice.
Uno va perdiendo la ley de la perspectiva, de la gravedad,
me dice.*

Y dice además que va a permanecer al pie
de la destrucción
hasta que retornen, hasta que la orfandad claudique.

XI

Y pienso en el testimonio de Víctor Suárez
sobre la perra Lola
cuando llegaron las autodefensas a Catalpa.

No emitía ningún sonido.

*Se quedó quieta como tragándose la baba,
como si con un ladrido nos fuera a delatar.*

Bendita perra mía.

No lograron vernos, pero se llevaron a Lola.

No emitía ningún sonido, patrón.

Bendita perra mía.

La baba.

La baba.

XII

En *Full metal jacket*

hay un soldado que le dicen el “partemadres”.
Aquí también tenemos un partemadres.
Manuel Cunita, el tartamudo,
es realmente una ballena
de cientoveintitrés kilos de peso
y un metro noventa y dos de estatura.

De niño,
su abuela repetía jitanjáforas para que Cunita lograra
pronunciar cualquier palabra más o menos coherente,
descifrable,
y dejara de una vez esa maldita manía
de balbucear el silencio.

El caso es que Manuel Cunita, quien escuchaba
jitanjáforas desde tempranas horas de la mañana
una y otra vez en la boca salina de su abuela,
es el partemadres,
y un partemadres debe cumplir su labor de partemadres:
romper piernas y tabiques,
cortar cuellos de izquierda a derecha
con un cuchillo mondador.

Lo encontraron en la alambrada
muerto por otro partemadres
mientras tartamudeaba jitanjáforas, me digo,
con sus cientoveintitrés kilos de peso.

XIII

Muerdo un pan y sigo con otro y me cuesta olvidar
que he masticado el rencor.

De tanto en tanto se desayuna un gusano gordo.

Cuesta pensar en esos hombres con su camuflaje
subiéndose a las palmas amazónicas
donde la única voluntad de ese gusano gordo
es comer hasta reventarse.

La disentería hace lo suyo, madre,

hace lo suyo y no es posible huir.

Tomo mi grabadora para hablar con el soldado Pereira.

Si no nos mata el hambre o la guerrilla,

nos mata la disentería

dice en tono bajo,

murmurando.

El capitán Briceño le mira por encima del hombro
como si fuese un objetivo militar.

será como arrojar piedras al mar Pacífico y,
en esa ondulación,
ir a morir en el purgatorio sin dejar rastro,
ni una huella,
ni la victoria de despezarse y tocar la tierra descalzo.

Soy marica desde hace poco.

No sé si uno puede ser marica ya de adulto o de niño
o lo vuelven a uno así o se nace así

 y hablo desde la completa ignorancia,
 madre,

lo cierto es que en la carta le dicen a Castellanos
 que ya no hay más.

Cruza los brazos alrededor de sus ojos y llora
mientras el fuego amplifica su detonación metálica.

XVI

Siempre hay quietud
antes de que la lluvia avance,
una especie de equilibrio mineral en la rabia de los bosques.

El diluvio descortezaba los campamentos
duplicándose en cada rostro de los soldados
que duermen bajo las tetas del agua
pero ya no duermen.

Quién descansaría con tanta inclemencia
en sus ojos canoeros.

López y Pinilla fumaban yerba como si nada importara
y debo confesar que yo soplé un poco
o mejor es decir que fui yo el que se la compró
al niño de la bicicleta negra.

Estábamos enganchados
cuando la lluvia deshizo la yerba y de paso nos deshizo.
Pinilla reía sin detenerse.

López y yo veíamos cómo su cuerpo desaparecía
entre el lodo
aún con la sonrisa en la boca
y fue cosecha de lo que se arranca a la intemperie.
Lo importante es que, por alguna extraña razón,
por alguna suerte de melancolía,

recuerdo su rostro, su estatura
esfumándose como una placa tectónica que se desplaza
a otro continente o a otra masacre.

XVII

Soy corresponsal de los despliegues.

De niño jugaba con Galois a escribir
un testamento matemático,
una declaración de amor a los números infinitesimales.
Galois logró terminarlo antes de que un día
fuese la pausa entre dos noches.
Yo quedé en la tercera página y fui a la guerra.

Te decía que el álgebra le andaba por toda la piel.
Al fondo se escuchaba la fábrica de Jonny Cash
torpedeando los tímpanos.

En mi estropeado cuaderno de electrónica básica
escribía ecuaciones y corazones para Amalia.
Amalia, quien se paseaba por la plaza central
como un remolino que se extingue en el desierto
solo para levantar más arena, más sequía, más ausencia.
Galois solía decirme que le escribiera cartas de amor
a Estefanía

semejantes a las de Amalia,
que yo sabía representar en palabras
el arrepentimiento,
que Estefanía lo perturbaba con su gorjeo
de mujer látigo,
mujer caracola.

Yo escribía las cartas de amor para que ella,
la mujer látigo,
encontrara en él la oscuridad más blanca.
Nada perdura en la voracidad del tiempo.

Corresponsal de la guerra, del llanto,
de la rota niebla que cubre la infantería.

XVIII

Estar en el ejército es nombrar el mundo
con un mortero M30
y no saber cómo usarlo.

Muerto Paz,
fue al soldado López
a quien le encomendaron mi custodia.
Intentó enseñarme la manipulación del arma,
pero yo lo arrastraba sobre mí,
con los dedos palpitando,
y el espanto de que la pólvora
se propagara en los albergues.

Cómo olvidarlo madre.
Te lo cuento ahora porque el ahora ya no existe.
Cómo olvidar el cacareo del gallo centinela.

En la lluvia de un día cualquiera
se acercó López y dijo que pronto sería
mi bautismo de fuego.

¿Qué es esa mierda?, dije.

De repente escuché una larga explosión
y vi el humo negro salir de los matapalos
que cubren la lejanía.

López hizo una mueca, una mínima sonrisa
y dijo que
Matamos a esos putos guerrilleros.

Cómo olvidarlo madre.
Dímelo ahora en este ahora que ya no existe.

XIX

Y dicen madre que nuestro país ha perdonado,
que hemos perdonado
la desaparición de la carne y el acecho.

Alguien ha muerto hoy también
y nadie sabía su nombre.
Le pregunté al soldado Higuera, al teniente Briceño,
no lograron responderme.
Lo que sí dijeron es que ese viejo, tullido ahora,
era el vendedor de sandías,
el aplacador de la sed,
y nadie sabía su nombre.

Revisaron sus bolsillos para encontrarlo en algún papel,
alguna señal de quién era el pobre diablo con un disparo
en la cabeza.

Ningún indicio, salvo una doblada fotografía
de una niña sonriendo en los brazos
de una mujer sin rostro.

Perdonar y perdonarnos en lo posible, madre,
esa sangre que enturbia las sandías rodadas por el suelo.

XX

Treintaiún grados centígrados de selva,
cuarentaitrés kilos a la espalda con cacerolas,
arroz, traje de agua, alambre, bayoneta, cantimplora,
cargadores, pintura de ofensiva, tienda de campaña
y varios artefactos más.

Para evitar el frío, la hambruna, el aislamiento,
el capitán Briceño nos entregaba a la semana
siete pastillas de “Melancolía”.

Así las llamó el soldado Pereira,

Pastillas antisicóticas para hacer trizas la desgracia.

Qué decir y qué hacer con un batallón de invierno
mientras veía, por un instante, las aspas del helicóptero
y yo leyendo el periodismo gonzo de Hunter Thompson
entre lo soñado y lo vivido,

como un muerto.

XXI

El Mayor Contreras me pide que aliente
al escuadrón enfermo,
que mi visita les haría bien a heridos y desahuciados.
Conozco así al soldado Espinel.

Me pide que lea algún pasaje del nuevo testamento.
Abro la Biblia al azar y entro en Nahúm

tres:

*Carga de caballería, flamear de espadas, fulgor de lanzas;
multitud de heridos, montones de muertos, innumerables cadáveres;
cadáveres sin fin, y en sus cadáveres tropezaremos.*

Espinel no deja de mirar los Montes de María.

Sé que quiere echarlos abajo,
talar cada centímetro de bosque y hacerlo arder.

*Allí murieron mis compañeros, murmuraba,
perturbado por la fiebre.*

Llame al cura que me voy a confesar,

*que me arroje los santo óleos, decía entre dientes,
con un blando temblor en los ojos,*

callado,

hasta que volvía a susurrar

Allí murieron mis compañeros, en los Montes de María.

La Biblia no está escrita con este tipo de cosas,
no hay evangelio que hable de soldados
buscándose entre ruinas.

XXII

Es agosto de dosmiltres.
Catalpa se despedaza.
Escucho la pulsación incendiaria de la guerra.
Los muertos se cuentan por miles
 dispersos en valles, cañaduzales, escombreras.
Los padres aún guardan la esperanza
 que sus desaparecidos
no sean un muerto más,
 un número más en las cifras del abismo.
Toda lágrima parece inútil. Los muertos no regresan,
los desaparecidos no emergen en el lavatorio
 donde se limpian los pies dioses paganos.
De oriente a occidente los muertos, los muertos,
 nuestros muertos.
Los muertos que se apilan en los caminos
 hacia ninguna parte
y que en ninguna parte buscan sus propios restos.
Los muertos del norte y del sur
que siguen temblando por los bombardeos,
los muertos extorsionados en los caminos
que ya no parecen ir a ninguna parte
y que en ninguna parte van tras su propia búsqueda.

Es agosto de dosmiltrés
y veo a los soldados cocinar los peces
que algún día se alimentaron de nuestros muertos.

Los muertos, los muertos, nuestros muertos.

*Álbum familiar
o de cómo Joaquín Ronderos
observó la desaparición de
una memoria que ya no le
pertenece, o la bicicleta roja
que cayó al lado del hidrante
hundiéndose en la calle Piedad*

I

Cada diciembre visitaba la hacienda de Elías,
mi padrino de bautismo.
Solía levantarme a las cuatro de la mañana
para ver cómo mataba una vaca.
Así es como se taja la carne, mijo,
y de esto es que comen por allá en la ciudad.
Acérquese, pero no mucho que se arruinan los cartílagos.

La madrina Zenaida, en la tarde,
me contaba las leyendas del espantapájaros.
En realidad es una bruja, decía,
pero decir que es una bruja era pecado y quedó entonces
en espantapájaros,
decía.
¿Ve que todos los espejos en la tarde los cubro con trapos?
Los trapos son bendecidos por el padre Juvenal.
No son cualesquiera trapos,
son para que no se refleje y tome más autoridad
y nos hale las patas en la noche
y también para que los truenos se vayan.
A veces caminan con ella.

La verdad, no quería ver cómo moría una vaca
o conocer el destino de los espejos solitarios.
Yo preguntaba cada diciembre
por el disparo del tío Miguel Antonio.

La vieja Eudíviges me lo contó una mañana,
sin preguntarlo.
Se pegó un tiro. Andaba loco, dijo Eudíviges.
Si no lo hacía, mataba a más de uno, segurito, dijo Eudíviges.

Siendo niño,
el tío Miguel Antonio me regaló un coche de madera
hecho con sus manos,
ese apollado coche que acabas de tirar, Belén,
en mi cuerpo que es ahora un espejo
llamando a los relámpagos.

II

A las diez de la noche, cada tercer día,
tomabas el tramadol para contrarrestar
el dolor de espalda
que se clavaba en ti después de montar la bicicleta
por diez kilómetros.

Para ahorrar dinero, decías.

Sin mantenimiento,
la bicicleta roja se oxidaba en la mirada
y entre pedal y pedal se te iba ese soplo de Dios
hasta que una de las rótulas estalló de improviso.
La pierna izquierda se deshizo en el camino
y caíste al lado del hidrante que parecía agrietarse
en la calle Piedad.

El soldado Higuera recibió la noticia por radio.

A su vieja se le aplastó una pierna, dijo.
Llamé a la tía Yolanda y Yolanda no sabía nada,
que
¿Cuándo regresa por los huevitos de codorniz?
A su hermana se le aplastó una pierna, dije,
pero no logró escuchar.

A los tres meses regresé para verte.

La bicicleta roncaba en el patio de nuestra infancia.

III

Hay un recuerdo colgado en mis ojos como pararrayos
que detiene el movimiento de las tropas.

No,

hay una memoria viva vestida de frac
trepada en un mástil sin destino.

Ejemplo:

escribo en el pupitre del Liceo Rómulo Gallegos
el nombre *Aída*.

El profesor de matemáticas hablándome,
hablándonos de la importancia de la divisibilidad
en los números primos,

Gauss en la pizarra y su geometría primitiva,
yo rebanando la madera con mi torpe lápiz
número cuatro,

el serrín que cae y golpea la adolescencia,
el día con su metrónomo descompuesto

y más:

tú tejiendo la lana que en el futuro será la túnica
de todas mis tristezas.

La túnica es el pasado o el presente
porque estoy viéndola y es la mañana anclada
en el álbum familiar.

Tú hilándola
mientras en el televisor se anticipa el advenimiento
del nuevo mosquitero con cerdas de gato
y más:
a los siete años, cada viernes,
a las siete en punto de la mañana,
en una procesión monumental,
hacia fila para empuñar un galón desocupado
esperando el combustible que alumbrara la rutina
y así hervir el cocido boyacense.

*Primero la costilla de res, hijo,
recuérdelo: primero la costilla.*

Y más:

tú y tus ataques de Alzheimer,
tú y el nuevo significado de las viejas cosas.
Deslizar la estufa
era deslizar la cortina por el exceso de luz,
el *feisbor* es la red social por donde hablas
con tu nieta Alejandra
y yo soy el hijo que reconoces a tientas,
el señor camillero que te traslada por los cuartos
de una clínica municipal en bancarota.

V

El soldado Cagua anuncia que el bombardeo
será pronto, muy pronto,
que ha visto la ráfaga desprenderse por el sol barrido.

Miro por el retrovisor del Hunter
y regreso a la época
cuando revisabas las citas con el cardiólogo,
con la dietista, con el psiquiatra.
Las dosis mínimas para el colesterol, la tensión alta,
la falta de sueño, la falta de fe.
Horas y horas con los ojos en agua santa
porque nadie puede acompañarte.

Que no me dejan entrar sin alguien a mi lado.

Haga el esfuerzo y va conmigo.

No puedo ir contigo porque la guerra no da tregua, Belén,
y no sé por qué se me viene tu voz escasa pidiéndome
el tiempo que ya no tengo,
la resignación que ya no tengo.

*Correspondencias
o el amor que se esconde
bajo un sombrero de paja
como si Eros Alesi le rezara
una y otra vez sin cansarse
a mamá morfina que nunca
parecía escucharle*

I

Así como cuando Nikola Tesla
 nació en una noche de tormenta eléctrica
y su partera dijo al recibirlo
Será un niño de lluvia
 y su madre murmuró
Será un niño de luz
sin que ninguna de las dos matronas supiera realmente
 si pertenecería a la lluvia o a la luz,
así,
aunque esta breve fábula de Nikola Tesla
sea una leyenda urbana creada
 por sus más cercanos detractores
para burlarse de su autismo y robarle el fuego
o así como cuando Eros Alesi
 le rezaba a su mamá morfina
para olvidarse que su padre en cada atardecer
le reventaba la espalda
 solo por reventarle la espalda
y el joven poeta resistía la vida
cantándole a la señora muerte
como un condenado a muerte
o así como cuando Harriet Taylor Mill escribía

sus numerosos ensayos filosóficos en contra
de la brutalidad conyugal
que padecían esposas, señoritas, doncellas
cuando sus piernas flaqueaban por el agotamiento
y la barbarie
en las altas cortes del silencio,
así,

este no es otro poema de amor
que habla de una mujer y un hombre
o su corazón derrotado.

Este no es otro poema de amor
donde se ha construido un asilo para ancianos,
este no es otro poema de amor
donde se pierde toda esperanza
en la lenta emancipación de los rendidos
porque no sería justo que todo el mundo supiera
cuando un hombre y una mujer
se entregan y se aman en la península del sueño
y son esclusa que se ancla
a las grupas de caballos muertos,
porque este no es otro poema de amor
que habla de un hombre que no se encuentra,
no es otro poema de amor
donde una mujer tiene el corazón derrotado.

II

Esta casa muerta
es un muerto enterrado en la fosa común del paraíso.

Mudarme es ir de una hambruna a otra
a masticar el polvo de las cuarentainueve casas muertas
que he habitado en cuarentaicuatro años.

¿Qué manos incrustaron los mil clavos
que crecen como horcas en los muros?
¿En cuántos de estos muros -hijos de la resistencia-
siguen atrapadas las pesadillas de mujeres tristes
o la aflicción de tantos huérfanos
que dejaron de agitar de súbito
la leche materna en sus bocas de larva?

Mudarme
es abrir la puerta para ungirme
como el único rey de los ahogados.

IV

Hay una vieja historia que habla de la tierra
formándose sin la luna,
solo estrellas de peltre en la bóveda fantasmal.
Se encabrita el lagarto mayor, la osa menor.

El hombre no conoce la luz.

¿Si imaginamos que es real?
¿Y si la luna no es más que una membrana ciega
en zona de refugiados?

Conjuremos entonces un cielo desierto y,
en esa humedad de higo,
he de recordar cuando mis hermanos y tú
fundaron las vigas de nuestra casa.
Abrían zanjas hechas de pala y profecías
para el futuro oficio doméstico.

El sótano fue construido con láminas y ayuno.
No hubo dinero que alcanzara,
los andamios eran de pan y los soportes de fatiga.

Todas las tardes un perro olía nuestro almuerzo,
ladraba como condenado que desova su última clemencia.
Yo le tiraba restos de luna a su hocico hormiguero.

V

Aprendí en el álgebra de Aurelio Baldor
que el lenguaje es un número de simplificaciones,
un abrevadero de divisiones imaginarias
 donde no basta husmear en la complejidad
 de cualquier incógnita
para reconocer que todas las respuestas
 están en las palabras que sangran.

Solía hablarte de Al-Juarismi
 mientras veías el noticiario,
Ajuste la antena, decías,
 y me trepaba en la terraza ladrillo a ladrillo
para capturar la señal de un dios que se escapaba
 de mis manos.

Aprendí, mujer,
a decir lanzallamas, siembraminas, reclutamiento
 en un televisor de tubos al vacío.

VI

Y escucho:

- Que me devuelvan los huesitos de mi hijo.
- ¿Huesitos de quién?
- Dígale al sargento. Él sabe.
- El sargento no está para eso.
- Él los tiene. Me dijeron.
- ¿Ya preguntó en la Sala de la Infamia?
- De allá vengo. Que el sargento sabe. Me dijeron.
- ¿Quién le dijo?
- La Muerte.
- La Muerte es el gendarme. Además, por aquí no he visto huesos. Muy seguro el sargento tampoco. ¿Cómo se llama el soldado?
- El soldado Natalio Bautista. Busque en esa repisa. Ahí estarán.
- Ahí se guardan los uniformes de los reclutas muertos.
- Que me devuelvan los huesitos de mi hijo. Que el tallador de lápidas está esperando.

*Álbum familiar
o el Halcón Negro que
siempre quiso luchar junto a
Rodolfo Guzmán Huerta en
la película El Santo contra
las momias de Guanajuato*

I

Luis Humberto Pardo, mi padre, era el *Halcón Negro*
y Víctor Pradera el *Poeta de la Noche*.

Estabas enamorada del Poeta de la Noche
aunque solo lo veías en la tarde por cosas de la abuela,

así que para ti realmente él era el Poeta del Día.

Del ring saltaba la sangre de el Halcón Negro.

Mi padre, decías, no era muy diestro en la lucha libre,
caía con el pensamiento.

Hacía dar largos bostezos al auditorio
pero empezaste a amar sus ojos de pastor,
su mandíbula de embarcación corroída por la soledad.

Un pantano crecía en tu boca

y el Poeta de la Noche

dejó de ser el Poeta de la Noche y del día.

El poeta dejó de ser poeta.

Empezó a escribir cuentos esperando olvidar

el cuadrilátero

y tus pezones de mandrágora.

Ahora es mercader en el arte de la metalurgia,

torpe funambulista en la edad de piedra.

El Halcón Negro empezó a incinerar tu corazón desollado.

II

Hubo un tiempo en que salía a la noche,
algo así como a las cuatroquince de la mañana
y orinaba por dos minutos largos o tal vez era uno solo
y a mí me parecían dos o tres.

Huía también la ausencia por allí
porque en noches como esas abatía la era cretácica
que inundaba el camino al inodoro en mi casa muerta
y en silencio
para no lastimar el amor y el desamor de Sergio,
tu nieto, mi hijo.

Yo lanzaba sin darme cuenta
una patada al triceratops
que hundía sus cuernos herbívoros
en la planta de mi pie izquierdo o derecho
o en los dos, no lo sé, y acaso ya no importa.
El divorcio destruyó la casa, el amor y el desamor.

Ya no escucho a Sergio,
su canto de Ronald McDonald o de It el monstruo.

El divorcio es un dios de barro
que no puede resucitar lo caído.

Hubo un tiempo, sí,
en que se herían mis pies en la era cretácica
y yo devolvía los ojos a su cama,
mirándole dormir.

III

A los cincuentaún años comenzaste a correr
por la pista de salitre.

¿Para qué correr? ¿Alejarse de qué?

Correr por ejemplo por el abandono de el Halcón Negro,
correr en la distancia como una langosta mutilada,
correr para dejar de lavar el vidrio que alberga la cerveza
o sus fragmentos de cebada amarilla.

Correr, por ejemplo,

tras el coche fúnebre del primo Héctor
que murió de cáncer en el estómago
y fue allí cuando dejaste de hacerlo,

en su muerte que también fue la tuya,
otra prisa sin correr en la violencia y su remolino.

Comenzaste a cuidar a Laura, tu nieta, mi hija,
con su férula en la cintura porque la pierna derecha
era más larga y más sabia que la izquierda:
crecía para correr y alejarse de tus lágrimas.

IV

Recuerda la saliva de un jardín negro que resuena
en una hoja de parra.

Recuérdalo, y si no lo recuerdas,
he de decirlo nuevamente,

repetirlo con las sílabas adentro:
no conseguía empleo siquiera de vendedor ambulante
o de torpe camarero en el bodegón de la eternidad.

Sergio lloraba de hambre

y supe entonces que este hijo era cierto,
que los treintaitrés tarros de leche estaban vacíos.
Tuve que venderlos para comprar otro tarro de leche,
es decir, la leche que retorna al almacén de la infamia
y su tarro florecido.

Quería ofrecerle los pancakes de Plath

o el ramen de Mishima

o el durazno en potaje de Doña Gertrudis,

la contrabandista, la vecina,

pero solo alcanzó para un tarro de leche

que duraría unos días,

quizá una semana más,

unas horas más.

Recuerda la saliva del jardín negro que hunde su nariz
en la amenaza quemada de quien muere y se retira.

V

Mil novecientos noventaitrés
fue el año en que Checoslovaquia
terminó partida en dos por la guillotina
y en Rusia aparecía, quien lo creyera, el cráneo de Hitler.
Un tal David Koresh se inmolaba
con todos los davidianos
y Michael Jordan anunciaba que no lanzaría
una pelota más.
Aunque el menor de mis deseos es la desorientación,
debo mencionarte que mil novecientos noventaitrés
no fue mil novecientos noventaitrés
sino mil trescientos setenta y dos en el calendario persa.
Fue la época en que murió el verdadero cantante -la voz-
y era publicado en México
los *Poemas para combatir la calvicie* de Nicanor Parra.
Creo que le sirvieron al chileno porque nunca fue calvo,
aunque sí tenía una frente prominente y libertaria,
hay que decirlo.
Nelson Mandela ganaba el Premio Nobel de la Paz
y los dinosaurios de nuevo aullaban
en un parque jurásico.
¿Qué podemos decir de los acontecimientos

de mil novecientos noventaitrés
o de mil trescientos setenta y dos en el calendario persa?

El gran Patrón de las bombas moría en el techo
de una vivienda saqueada hasta el derrumbe
pero lo más trascendental, madre,
fue que en mil novecientos noventa y tres
decidiste, junto a el Halcón Negro,
vender la que fuera nuestra casa
y en ese instante, lo sabes,
cambió el infinito para siempre
porque ya la niebla no escapa de las ollas
y no es posible retirar con el dedo índice
el hollín en la pared de la cocina,
porque en tus manos ya no vive
la fuente bautismal de la contemplación,
porque ya está muerta la casa donde descansaba
la felicidad.

VI

¿Qué puerta entreabrías para que escapara de una vez
y para siempre
-cada siempre, cada tanto-
ese rastro de crucifixión en los ojos
cuando los nietos iban y venían
sin dejarte nada en el abrazo
como un pálido faro que busca iluminar
la noche?

¿Qué aldaba del recuerdo se dobla
cuando regresa en secreto el insomnio?

Tú, mi encierro,
humo de paja para llamar a los desahuciados,
catedral,
abadesa de la angustia donde se vacían una a una
mis palabras.

VII

México lo conocí por la película

Tan bueno es el giro como el colorado.

Gallos y más gallos arrancándose las plumas.

el Halcón Negro decía que el periodo dorado

del cine mexicano

era su nostalgia.

Luego vi en el recién comprado betamax

a Rodolfo Guzmán Huerta, *el Enmascarado de Plata,*

el Santo,

pelearse contra las momias de Guanajuato,

aunque allí el Santo solo aparece en la última escena

en una batalla histriónica y, porque no decirlo,

francamente mala.

Hablando de batallas,

recuerdo cuando el capitán Briceño

le disparó a un niño por error

porque solo veíamos

sombras, nada más.

Los arbustos son altos en los Montes de María.

Un grito de mujer alzó la tarde
y el capitán Briceño solo atinó a decir que
 Veía sombras, nada más
y nada,
precisamente nada de esto sucede en el cine mexicano.

Quizá *Catalpa* es una película
donde Luis Aguilar y Demetrio González
se arrancan los sombreros de zoyate
buscándose en la voz el último estribo
 a la misericordia.

Monólogo de Joaquín Ronderos

I

Ha muerto, decías.

Allí, tendido en el anfiteatro de mi país,
 en la capa vegetal de una fosa común
 donde habita la enfermera que llama sin cuerdas vocales
 a los pacientes olvidados
 en una sala de espera que se cansa de esperar
 a ofendidos y torturadores.

Ha muerto, decías,

Ha muerto mi hijo en mitad de la guerra.

Yo te veía en la luz escasa.

Dios y su lámpara de John Milton calcinando el tiempo
 detenido en un reloj
 como un impulso eléctrico que libera

la llama del incensario.

Te has quedado huérfana,

 los pulmones se contraen en tu pecho,
 picotea un grifo en la morgue.

Su cuerpo duerme, su cuerpo duerme,

repetías.

Te has quedado huérfana y nadie te dice la verdad.

II

El Halcón Negro me contó
 el origen del apellido Ronderos:
el padre de su padre decía que era de Ronda,
en Galicia,
 pero el Halcón Negro dudó
y fue la abuela Rosa quien le dijo
 que el apellido Ronderos
se le ocurrió a su abuelo de tanto merodear caminos.
Un día simplemente dejamos de ser Chitiva,
 Aquí todos somos Ronderos
y no permitió desde entonces
 que nadie dijera lo contrario.

IV

Así que esto es la muerte,
esta parábola del antiguo testamento,
sílabas de una sola sílaba que no sostiene las palabras
bajo la noche nupcial de quien huye
por la inminencia del desastre.

Así que este breve reposo de la vida es la muerte,
esta creación donde el destino, como un colmenero,
separa la espiga del mal para entregarla
a los frailes de la guerra.

Esta es la muerte replegándose, con su floja caída,
sin saber a qué tumba pertenece.

V

Y preguntas por mi cuerpo a todos los soldados
en el cuartel general.
No se atreven a decirte nada.
Te acercas al Mayor Contreras,
le oyes pero no escuchas
y pides que insista en cada palabra, dos, tres veces.
Ha muerto, te dice,
En el cruce de proyectiles, en la masacre de Catalpa,
¿Lo recuerda, señora?
Se lo hemos repetido por tres años.
Qué puedo decirle de este país.

Fotografía: Mike Rojo



Hellman Pardo

Bogotá, Colombia. Entre sus reconocimientos se encuentran los premios nacionales Eduardo Cote Lamus; Festival de Poesía de Medellín y el Premio Nacional del Libro de Poesía Ciudad de Bogotá. Sus obras más recientes son: *Física del estado sólido* y *Correspondencias*, publicados en 2021. Es editor de la Revista Latinoamericana de Poesía *La Raíz Invertida* (www.laraizinvertida.com).

DIARIO DE UN CORRESPONSAL DE GUERRA

¿Qué significa ser corresponsal de guerra en un mundo que vive en lucha permanente? Mediante sus poemas, Hellman Pardo ofrece algunas respuestas protagonizadas por los señores de las trincheras, los traficantes de armas, los niños que arman cometas, los creyentes que rezan a San Judas Tadeo. Versos e historias se entretujan para formar un libro que, al igual que la voz poética, persiste entre el polvo y la memoria.

Sylvia Georgina Estrada

El poeta trata, con delicadeza y profundidad, temas que, de otro modo, podrían resultar demasiado áridos o incómodos de tan violentos. Qué fuerza la de la poesía que logra sublimar lo más terrible para alcanzar la belleza.

El poeta es siempre el Virgilio que nos ayuda a atravesar el infierno. Algo se aprende de sus palabras, aquello que no puede dejarnos indiferentes.

Arlette Luévano

Diario de un corresponsal de guerra convierte lo terrible en poesía para sacudir la conciencia, terrenal y de belleza, del lector. Es un testimonio de diferentes batallas, con diversos protagonistas de quienes no importa el nombre, sino el recuerdo de lo absurdo que es morir hoy a manos de alguien que morirá mañana por ideales que no existen.

Mónica Soto Icaza

SDC